

rol y desaparecer por el arco hacia la Plaza Mayor, tuvo una frase que era la abreviatura de la situación por que atravesaba la familia.

— ¡Qué raro se me hace esto! ¡Parece mentira que sea de casa!

Cuando volvió al cabo de una hora, no contó dónde estuvo ni lo que hizo, limitándose á hablar del bullicio y la animación de la corte. Luégo dijo:

— Mucho he andado por esas calles; ¡cuanta estampa fea y obscena hay en algunas tiendas! Pero, aunque llevaba hábitos, nadie se ha metido conmigo.

— ¿Pues qué? — repuso Pepe. — ¿creías que te iban á comer?

— No hubiese sido extraño que me insultaran. ¡Como ahora la impiedad nada libre y se nos persigue y nos malurata quien quiere!...

— Ríete de eso: ya te convencerás de que es mentira. No hay tal impiedad ni tal persecución: en fin, tú lo verás á poco que andes por Madrid.

— Te advierto que me importaría poco. Acaso no tengo buenos puños?

XIII

Aunque el sueño y la fatiga del viaje le rendían, no se recogió Tirso aquella noche sin escribir una larga carta, que acaso tuviera relación con la salida que hizo por la tarde. Mientras Doña Manuela y Leocadia acostaban al padre, él se puso á escribir.

La luz de la lámpara iluminaba de lleno su rostro cetrino y anguloso: tenía los ojos grandes, pardos y tercos al mirar, la frente alta, afeada por cierta depresión hacia las sienas; los labios recios y las facciones salientes y toscas, como de talla mal labrada. Dábanle aspecto de dureza el pronunciado ceño, que fruncía involuntariamente, y un viso oscuro que le quedaba por lo fuerte de la barba, aún recién afeitada. Parecía hombre sujeto á sen-

saciones tardías pero intensas, durables, pronto á convertir la firmeza en obstinación y la frialdad en violencia. Su dulzura, cuando la mostrara, debía ser forzada; su ira, sincera: todo acusaba en él un carácter antes propio de la energía del luchar que para la complacencia del querer. Su alma, poseída de devoción sombría, debía sentir mejor el vehemente proselismo de Pedro Arbúes que el dulce amor á Dios de Santa Teresa. Su progenie sacerdotal no estaba entre los mansos de corazón, sino entre aquellos clérigos que imaginaron abrirse las puertas del cielo con el hacha de combatir moros. Su fervor religioso tenía asomos de entusiasmo bélico. San Pablo cortando la oreja al soldado romano por defender á Cristo, ó Santiago batallado en Clavijo, eran á sus ojos mil veces más gloriosos que San Hilario proscribiendo la fuerza. Unos adoraban al Señor, otro pelean por dilatar su reino en la tierra; Tirso era de éstos. Mientras tuviese la Iglesia incrédulos que amordazar, fueros que defender ó privilegios que exigir, la vida contemplativa se le antojaba propia de espíritus mezquinos. A las lecturas místicas, que arroban la imaginación, prefería esas leyendas de audaces misioneros que

son los caballeros andantes de la fe. Un versículo del Evangelio le agradaba sobre todos; aquél que dice: "No he venido á traer al mundo la paz, sino la espada."

.....

A la mañana siguiente se levantó temprano y no salió. Estuvo oyendo á Leocadia leer periódicos á su padre, y aunque permaneció largo rato con ellos, no pronunció palabra alguna acerca del objeto de su viaje. Cuando por la noche estaban Doña Manuela y Leocadia acostando á Don José, éste dijo á su hija.

—¿Suele venir Pepe muy tarde?

—Nó: casi siempre antes de las doce.

—Pues espéralo hoy y dile que entre á la alcoba; tengo que hablar con él.

Madre é hija adivinaron de lo que se trataba, mas ninguna dió á entender la sospecha. A todos sorprendía por igual el prolongado silencio de Tirso. Era realmente extraño que no diese la menor explicación acerca del viaje. Acaso vino sólo por ver á sus padres, pero no era esto creíble en quien dejó pasar tantos años sin hacerlo. Una sola conjetura había que fuese lógica: ¿habría venido

á pretender? ¿querría ser canónigo? ¿tendría quien le apoyara?

Antes de media noche llegó Pepe, y Leocadia, que le estaba esperando, entró con él á la alcoba de sus padres, donde doña Manuec dormía profundamente y don José aguardaba desvelado. Leocadia oyó sin chistar el corto diálogo que sostuvieron padre é hijo.

—Pepito, ¿no te choca esto?

Mucho, pero no atino con la causa.

Es que ni una palabra... ¿á tí tampoco te ha dicho nada?

—Tampoco.

—Lleva aquí dos días... No entiendo lo que pueda ser. ¿Qué te parece que hagamos?

—Nada, papá, Si habla, oírle; si no, dejar que pase el tiempo. Ya lo sabremos. ¿Ha venido á casa de sus padres? Bien venido. ¿No tiene confianza con nosotros? Pues no se la arranquemos por fuerza.

—Está frío, indiferente... .

—Nó: él debe de ser así. No es momento de charla, ni quiero molestarte ahora. Además, ya sabes lo que pienso: no nos hemos tratado, no nos conocemos; ¿como diablos hemos de querernos como nos queremos ésta y

yo! Y Leocadia hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—Tienes razón, hijo, pero me repugna que la tengas.

La luz de una vela que Pepe había dejado en la habitación contigua iluminaba temblorosamente el cuadro, y en el rostro del viejo aparecía impresa la curiosa tranquilidad que le preocupaba. Tenía la cama medio deshecha, porque estuvo moviéndose nerviosamente en ella hasta que vió entrar á su hijo, y de cuando en cuando dirigía los ojos á su mujer, como asombrado de que pudiera dormir libre de las mismas dudas y recelos que él experimentaba.

—Vaya á descansar, papá.

Pepe y Leocadia besaron á su padre como dos niños, y salieron. Al pasar por delante de la alcoba de Tirso, notaron que roncaba.

—¿Oy s?—preguntó ella.

—Sí; escucha, escucha cómo le quita el sueño la emoción de estar en su casa.

—Adiós, Pepito, hasta mañana.

—Abur, monigota, fea.

—Tonto, pareces un chiquillo.

—A los pies de vd., señora; fea espantosa.

Durante los días siguientes, Tirso guar-

dó idéntica reserva: no salía, hablaba de cosas indiferentes, rehuyendo toda conversación sobre su pasado, esquivando rasgos de intimidad y haciendo como que no oía lo que le disgustaba. Al comer, se sentaba el último en la mesa, murmurando el *benedicite* entre dientes, porque sabía que no habían de rezar lo los demás, y al ir por la noche á recogerse sacaba del bolsillo el rosario, yéndose con él en la mano hacia su cuarto.

El primer domingo que pasó en la casa, madrugó más de lo ordinario y estuvo en oración largo rato, pero no salió ni á misa. Leocadia, aprovechando unos instantes en que le vió ir al comedor en busca de un breviario, llamó á Pepe:

—Ven, ven y verás lo que ha puesto ese en la alcoba. He entado á hacerle la cama, y mira cómo me encuentro esto. Está bonito, ¿verdad?

Tirso había cubierto los cristales de la ventana que daba al patio con pedacitos de papeles de colores chillones, casados con muy mal gusto y formando caprichosas figuras geométricas. La luz del sol, teñida y desvirtuada por el improvisado trasparente, daba la cuarto una entonación abigarrada. Aque-

llo parecía la caricatura de una vidriera gótica. Además, sobre la cabecera del lecho había pegado á la pared con pan mascado una estampa de un San José muy bonito, con el pelo rizado á fuego lento, las mejillas sonrosadas y sosteniendo sobre la palma de una mano un niño en pie, como si le enseñase á hacer títeres, mientras enarbolaba en la otra un palo con más flores que moño de sevillana. En la pared de enfrente había puesto un cromo: "El último Concilio Ecuménico." reunión de viejos vestidos de rojo, sentados en semicírculo como los obispos en el primer acto de "La Africana, entre los cuales resaltaba, por su blanco ropaje, un señor á quien venfa á decir secretos al oído una paloma que entraba por una ventana, semejjando estar envuelta en un rayo de luz. Pepe lo abarcó todo de una sola mirada é hizo un gesto, entre risa y desprecio, diciendo á su hermana:

—Pues estos mamarrachos ha debido comprarlos en la salida que hizo el día que llegó, porque luego no ha puesto los pies en la calle.

—Indudablemente.

Por la tarde, mientras don José estaba dormitando, la madre en la cocina y Pepe

vistiéndose para ir á ver á Paz de lejos en paseo. Tirso habló á su hermana cariñosamente, pero violentándose por parecer sereno.

— Tampoco hoy habéis ido á misa. . . .

— He hecho el chocolate para todos, me he peinado y he peinado á mamá, te he comprado un descaido en un manteo que habla en tu cuarto; ¡Je ús, qué paño tan duro! he barrido el comedor y he bajado por la compra. . . .

— Es decir, que aquí todo, absolutamente todo, es antes que Dios.

De pronto, tomando un periódico que había encima de una silla, leyó el título *La Libertad Española*.

— ¿Qué es esto?—y tocándolo sólo con las puntas de los dedos, como si temiera ensuciarse, lo dejó caer al suelo murmurando:

— ¡Papeluchos ateo!

— No lo tires, que después lo pide Pepe y arma una marimorenal.

Tirso se metió en su cuarto y Leocadia fué á ayudar á su madre, pero el cura salió en seguida otra vez al comedor con la faz demudada, y cogiendo el periódico, lo arugó con fuerza y, hecho una bola, lo tiró á un rin-

cón. Como el pasillo era muy corto, Leocadia oyó el crujido del papel estrujado y volvió corriendo, á tiempo que su hermano tornaba á encerrarse en su habitación. La muchacha adivinó lo que acababa de pasar. Tirso estuvo ante ella su enojo al ver el periódico, pero luego, al quedarse sólo, la ira se sobrepuso á la prudencia.

La perspectiva de una disputa entre los dos hermanos, que pudiera agriarse, asustó á Leocadia, pareciéndole lo sucedido una amenaza á la tranquilidad de la casa. Su buen juicio le decía que era forzoso ocultárselo á Pepe. Pero, ¿cómo?

Tras pensarlo mucho, después de haber intentado en vano desarrugar el periódico con las manos, se lo llevó á la cocina y lo alizó con una plancha caliente, dejándolo luego donde su hermano lo encontrara, sin que Tirso lo viese. Al caer la tarde volvió Pepe con Millán, que acostumbraba á comer allí los domingos, quedándose gran parte de la noche acompañando á don José, por estar cerca de Leocadia. Hizole el padre la presentación de su hijo mayor, comieron todos alegremente y de sobremesa hablaron de política, única conversación que tenía el privi-

legio de distraer al pobre viejo, quien á cada instante hallaba medio de relacionar los sucesos de entonces con los de su juventud, estableciendo comparaciones entre hombres y épocas distintas.

Pepe se había puesto á leer *La Libertad Española*, que pidió á Leocadia y que ella le trajo sin una sola arruga, con gran sorpresa de Tirso; mas este permaneció callado, deseoso de escuchar á Millán que, mirando de vez en cuando á la chica, sostenía el diálogo con don José. Decía el viejo:

—Aquí no se hacen más que torpezas; si el partido liberal se divide, vamos á ver cosas muy tristes.

—Ya lo estamos viendo. ¿Le parece á usted poco el desarrollo que dejan tomar á la guerra?

—¡Si hubieran hecho ahora lo que Prim el 69... Por supuesto que, tarde ó temprano tendrán que hacerlo: con los convenios no se adelanta nada. Yo recuerdo que, cuando el de Vergara, en realidad quienes perdimos fuimos nosotros: luego que el partido liberal aseguró la corona á la Reina, le trataron como á un negro; á Espartero le arrinconaron en seguida; á los oficiales carlistas les favo-

recieron mucho; decían que todos éramos hermanos, y los nuestros, que se habían batido en invierno con pantalón de dril... iban á Filipinas ó á Fernando Póo en cuanto parecían sospechosos.

—Por eso y por cosas análogas hay tantos republicanos en la generación nueva; porque nos hemos convencido de que no queda otro remedio.

—Eso es muy peligroso: el pueblo no está preparado.

—Y como nadie le enseña nada, tiene él que aprenderlo á su costa.

—Es que hoy no hay virtudes cívicas. Si hubiérais conocido vosotros á Mendizábal, y luego á Olózaga, que ahora está tan caído... él fué quien llamó progresistas á los que decían antes *exaltados*. Siempre ha habido más entusiasmo liberal que ahora. ¡Si vieráis qué indignación se desencadenó el año 40 contra Toreno y Martínez de la Rosa, porque pidieron la próroga del medio diezmo, y aun el diezmo entero y la primicia! Pues ¡y cuando Espartero no quiso aprobar la famosa ley de Ayuntamientos!

—Entusiasmos estériles, y que muchas veces han sido ahogados en sangre.

—En eso tenéis razón. Se condenaba á muerte por cualquier cosa. Desde el fusilamiento de los sesenta compañeros de Manzanares y los veinticuatro de Alicante, el 8 de Mayo, hasta el de los sargentos del 22 de Junio, no ha pasado año sin alguna brutalidad semejante: exceptuando á los Zurbanos, y la muerte de Mariana de Pineda, para quien fué preciso hacer un garrote nuevo, porque tenía el cuello muy delgadito....

—A pesar de lo cual—interrumpió Pepe—hay quien mira con buenos ojos á la Restauración y quien se bate por Don Carlós. Si en España quedan monárquicos, y sobre todo borbónicos, es porque nadie lee historia contemporánea.

—En fin, hijos míos, ya sabéis que yo tengo buena memoria: pues bien, desde Diciembre del 43 hasta la Noche Buena del 44, fueron fusiladas doscientas catorce personas, la mayor parte por liberales.

—Tiene vd. razón, Don José; así pagó la corona al partido liberal que primero por el padre y luego por la hija, había hecho tantos sacrificios....

—Pues si llega á tener espíri u santo la

familia —añadió Pepe— nos quedamos sin una gota de sangre.

Al oír este chiste impío, Tirso no pudo aguantar más. El elogio á Mendizábal, la alusión al diezmo y la primicia el horror á los fusilamientos de revolucionarios, el espíritu liberal que palpitaba en la conversación, le hicieron daño; pero aquello de explotar para una gracia la tercera persona de la santísima Trinidad, puso el colmo á su indignación. Entonces levantándose de su asiento se acercó al grupo que formaban Pepe y Millán junto á don José y, puesto delante del balcón, sobre cuyo hueco claro se destacó su figura negra y espigada, dijo severamente:

—¡Parece mentira que hombres de juicio hablen así!

Millán calló por deferencia á su amigo, y don José porque se arrapintió de haber dicho tales cosas, dando margen al enojo de Tirso: Pepe, más fogoso, se encaró con éste y, aunque hablando moderadamente, le repuso:

—Es natural que tengas simpatías por los partidos reaccionarios; son los que os protegen; pero, ¿negarás que nosotros no podemos mirar bien á la Iglesia? Siempre, y rene-

gando de su origen, ha sido enemiga de la libertad y de la democracia.

—¡La libertad! ¡la libertad! ¿y para qué sirve? Y ¿qué la democracia? el permitir que manden los pillos. ¡La democracia! ¿Cuántas libras de patatas se compran con eso?

—¡Nó! la libertad es lo que os mandó Cristo que predicárais; la democracia es eso que os ha permitido á vosotros, clérigos y frailes, nacidos entre los más humildes, escalar los puestos más altos del mundo.

Pues Mendizábal fué un ladrón.

—Esa es una majadería que no tiene nada que ver con lo que hablamos. Y, mira, no te irrites; pero por lo que me gusta Mendizábal, es por haber sido quien ha hecho más daño á la Iglesia.

—¡Callad, hijos míos, callad!— gritó don José:—¿Váis á reñir ahora? Yo no diré tanto; pero Mendizábal fué un gran hombre. ¡Cuidado si tuvo mérito sacar la quinta de los... 100 000 hombres!

Tirso hacía inútiles esfuerzps por disimular su disgusto. En vez no afectaba oír en calma aquellas cosas. Su desagrado no era pena, sino ira viendo que no se había equivocado cuando, á poco de poner el pie en la casa,

imaginó que allí no había devoción ni creencias.

Su padre era un progresista ridículo, que se entusiasmaba hablando de Espartero; su hermano un demagogo ateo, de los que hacen burla de Dios y de la Divina Providencia; su madre una pobre señora, á quien se le figuraba ser santa porque era hacendosa, y Leocadia una chicuela presumida, que se pasaba la mañana embandolinándose el pelo. Allí nadie iba á misa, ni ayunaba, ni rezaba; no había bula, se comía carne los viernes y el padre toleraba los chistes impíos de Pepe. Estuvo á punto de descargar su indignación en apóstrofes violentos, de los que tantas veces oyó á los señores que frecuentaban la casa de don Tadeo: pero se limitó á mirar á su hermano con lástima, diéndole:

—¡Parecéis judíos!

No concebía mayor insulto.

Las mujeres se miraron al oír las últimas palabras del diálogo, dichas ásperamente, sorprendiéndoles la novedad de que allí se riñese por cosas de política; Millán fué á ponerse al lado de Leocadia; don José calló, tratando de hallar medio de variar la conversación, y Tirso permaneció de pie ante el bal-

cón, como desafiándoles á todos y dispuesto á reanudar la disputa. Su figura resultaba arrogante: más parecía soldado pronto á pelea, que hombre ansioso de convencer. Al cabo de rato, como paladín que ha esperado en vano á su adversario, salió tranquilamente del comedor. Pepe y Millán se fueron á dar una vuelta por las calles. En el portal, aquél preguntó á éste, aludiendo á la escasa pasada

—¿Has oído?

—Váis á tener muchos disgustos.

—¿Creerás que esta es la hora en que no sabemos á qué avenida?

—¿Tenía él en el pueblo relaciones con gente carlista?

—¿Por qué lo preguntas?

—Mucho cuidado. . . . no sea que haya venido con algún encargo. Ahora se revuelven mucho. A ver si os da un susto la policía. Para tu padre sería una impresión desastrosa.

.....
A la tarde siguiente se presentó en la casa un caballero de aspecto muy respetable, preguntando por Tirso. Leocadia le acompañó hasta el comedor y avisó á su hermano; pero éste, apenas oyó el nombre del recién

llegado, se le llevó á su cuarto, permaneciendo largo rato encerrado con él. La visita fué larga, y Tirso despidió al desconocido con grandes muestras de respeto.

Al partir de aquella entrevista, el cura salió á la calle casi todas las noches, pero sin decir nunca dónde ni á qué iba.

